

## LA POLÍTICA EN LA ACTUALIDAD: ¿MÁS CERCA DE LA VIRTUD O DEL VICIO?

### Introducción

Una constatación casi banal es que la política, ya sea que la entendemos como una “prudente solicitud por el bien común” (Juan Pablo II), o como una actividad “profesional” (propia de “los políticos”), es una actividad necesaria. Más allá del rechazo o indiferencia de muchos ciudadanos (especialmente los jóvenes)<sup>1</sup>, ella es imprescindible para la buena vida humana de la multitud. De este modo, la pretensión de algunos sectores (ultra) liberales de eliminar “la política” y/o el Estado de la sociedad, no es más que una peligrosa ilusión.

Si tuviésemos que buscar una cesura histórica que marque un antes y un después en el modo de entender la política, podríamos mencionar a Maquiavelo. El florentino asestó un duro mandoble a lo que podríamos llamar una visión “clásica” de la política, hasta ese momento concebida como una actividad eminentemente moral, que requiere por tanto de agentes virtuosos. Autores como Platón, Aristóteles, Cicerón, San Agustín, Agapito Diácono, Santo Tomás, etc., pueden ser considerados representantes de esta visión.

Como por razones de espacio no podemos exponer el pensamiento político de cada uno de estos autores, nos concentraremos, por lo tanto, en mostrar grosso modo cómo hasta antes de Maquiavelo -respetando las diferencias entre uno y otro autor- hay un modo común de entender la política, que se quiebra abruptamente con Maquiavelo y que con matices más, matices menos se sigue manteniendo hasta nuestros días. No con la brutalidad y sinceridad de Maquiavelo, pero sí tributaria de sus premisas.

### I. La Política según los “clásicos”

En el origen de sus reflexiones políticas hay una preocupación común, a saber: el bien de la Polis o la Civitas. Cada uno de ellos, desde su propia realidad ya su modo, están preocupados por el deterioro moral que observan en la ciudad. Coherentes con esta preocupación, conciben la política como una noble actividad eminentemente moral que debe ser realizada por los mejores, léase los más virtuosos y/o más capacitados, dado que ellos deben dirigir a los ciudadanos al bien. Los gobernantes y los “políticos”, sin estas cualidades difícilmente podrán cumplir adecuadamente su labor. En virtud de esto, abundan los “pseudo políticos”, o sea aquellos que aparentan serlo, pero no lo son, pues carecen del conocimiento y

---

<sup>1</sup> Este es un fenómeno universal. El rechazo, indiferencia o desconfianza hacia los políticos no es patrimonio nacional. El siguiente graffiti expresa bien la mentalidad de muchos jóvenes y otros no tanto: “La policía asestó un duro golpe al crimen organizado. El parlamento en pleno fue arrestado”.

de las virtudes necesarias. Así las cosas, la ciencia debida al gobernante la poseen muy pocos. En este contexto, Platón, por ejemplo, se inclina por el gobierno de los sabios o del “Rey – Filósofo” (La República 375e ss.), único capaz de detener los vicios y/o males que afligen a la polis (La República 473d). Aristóteles por su parte cree en el gobierno de los mejores, pues la forma de gobierno más perfecta es aquella que procura a todos los ciudadanos el goce de la más perfecta felicidad. Para Tomás de Aquino<sup>2</sup>, por su parte, el mejor régimen de gobierno sería aquel que garantice y conserve la unidad de la *civitas*. De las formas políticas conocidas por el Doctor Angélico es la monarquía la más eficaz para garantizar y conservar dicha unidad, lo cual no implica negar la posibilidad *a priori* de otras formas políticas.

Al ser la política una actividad moral, más precisamente, un saber moral, no sólo perfecciona la polis, sino también a quien realiza la acción, en consecuencia, los medios políticos deben ser siempre morales, porque el medio es ya el fin que se está haciendo. En este contexto, el fin de la autoridad política o del Estado no es sólo la existencia material de todos los ciudadanos, sino también la vida virtuosa de todos ellos. En otras palabras, el Estado más perfecto es aquél en el cual cada ciudadano puede, gracias a las leyes, practicar lo mejor posible la virtud y asegurar su felicidad. Así las cosas, el mejor gobernante, y/o el buen político es el más virtuoso, es decir, aquel que posee la ciencia de la política y práctica las virtudes, siendo entre ellas, la prudencia y la justicia las más importantes. Para decirlo con el Aquinate, gobernar es "encaminar lo gobernado a su conveniente fin" (Tratado del Reino I, 14), que no es primeramente material, sino moral.

## II. Nicolás Maquiavelo (1469 - 1527) o el desarraigo de la moral con la política

Maquiavelo vivió una época muy convulsionada, donde la violencia, el engaño, las intrigas de palacio, las traiciones y el crimen político no eran algo extraordinario. De hecho él mismo hablaba de la “escuela de la desgracia” para designar sus amargas experiencias políticas en las numerosas embajadas y legaciones en las cuales trabajó. Atento a los “signos de los tiempos”, el Florentino declara haber creado una nueva ciencia de la política, fundada en su propia experiencia de los Asuntos de Estado (que él llama la “verdad efectiva, *veritàeffettuale*), en las lecciones de la historia y los acontecimientos de su época. Esta nueva ciencia sería una síntesis de las lecciones de la historia, más la sabiduría de los antiguos y los ejemplos de los grandes hombres como Cesar Borgia, y ofrecería modos concretos para

---

<sup>2</sup> Para los diversos sentidos de “lo político” en Tomás de Aquino véase III Sent., d. 33, q. 3, a. 4, q. 5, ad. 3 y los comentarios de este texto de José Luis Widow en: “La naturaleza política de la moral”, editorial RIL, Santiago 2004, pág. 266 ss.

adquirir, mantenerse y/o acrecentar el poder. Sólo este nuevo método de acercamiento a la realidad política, puede desentrañar, según él, la lógica que rige al poder político, aumentando así, las posibilidades de tener éxito.

Maquiavelo establece un quiebre radical con la tradición al desarraigar la moral de la política, reduciendo esta última a pura *techné*. La “buena” política es por definición amoral y relativista. “Si el príncipe quiere conservar sus estados, está obligado a menudo a no ser bueno” (*El Príncipe*: cap. 19). “Sobre todo cuando es nuevo (...) está a menudo obligado, para mantener sus estados, a obrar contra su palabra, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Es por ello que debe (...) no alejarse del bien, si puede, pero saber entrar en el mal si es necesario” (*El Príncipe*: cap. 18). Aunque no descarte la posibilidad de utilizar medios morales, hay un claro predominio de medios como la fuerza, la violencia, el engaño, la intriga, la conspiración y el crimen. Estas “armas” políticas son aspectos esenciales de su modo de entender la política, que obedece a la lógica amigo-enemigo. Entre el arte de gobernar y el arte de la guerra hay un nexo indisoluble. El fin de la política ya no es el bien común, sino el bien del príncipe.

Maquiavelo acepta sin reservas que el fin justifica los medios. “Un espíritu sabio nunca condenará a alguien por haber usado un medio fuera de las reglas ordinarias para reformar una monarquía o fundar una república. Lo que es de desear es que si el hecho lo acusa, el resultado lo excuse; si el resultado es bueno es absuelto. (...) No es la violencia que restaura, sino la violencia que arruina la que hay que condenar” (*Discursos*: Libro I, cap. 9). Lo que nos quiere decir Maquiavelo es que no podemos juzgar una acción política en abstracto conforme a principios universales. Cada acción será buena o mala dependiendo de las circunstancias o consecuencias. De este modo, él es un pionero de la llamada “moral de situación” y el utilitarismo consecuencialista.

La pregunta por la mejor forma de gobierno, no tiene un sentido ético, sino práctico. Fiel a sus predicamentos Maquiavelo cree que la mejor forma de gobierno es aquella que le es más útil al príncipe.

Otro aspecto a destacar es su visión pesimista y negativa de la persona humana. El hombre es malo por naturaleza y se mueve sólo por el deseo de posesión y poder. El hombre siempre va a ser un perpetuo insatisfecho porque hay en su naturaleza una desproporción fundamental entre sus aspiraciones y las posibilidades de satisfacerlas. Maquiavelo cree descubrir en la insaciabilidad del deseo la raíz de la ambición, y en ésta la causa inextinguible de la lucha entre los hombres. “Todas las veces que los hombres están privados de combatir por necesidad, combaten por ambición. Esta pasión es tan poderosa que no los abandona

jamás, cualquiera que sea el rango que ocupan...” (*Discursos*: Libro I, cap. 37). Por lo tanto, “no es dado a nuestra naturaleza poder situarse exactamente en una vía media...” (*Discursos*: Libro III, cap. 21). El pesimismo de Maquiavelo se funda en la creencia de que “los hombres están más inclinados al mal que al bien.” (*Discursos*: Libro I, cap. 9). Maquiavelo no cree que los hombres tiendan naturalmente al bien, o sea que prevalezcan las buenas pasiones sobre las malas, por el contrario afirma que “los hombres no hacen el bien más que forzados; pues apenas tienen la posibilidad y la libertad de cometer el mal impunemente, no dejan de provocar en todas partes el tumulto y el desorden...” (*Discursos*: Libro I, cap. 3). El pesimismo antropológico y ético de Maquiavelo va a encontrar su fórmula más tajante en este célebre pasaje de los *Discursos*: “Como demuestran todos aquellos que se han ocupado de política (y la historia está llena de ejemplos que lo apoyan) es necesario que quien quiera fundar una república y darle leyes, presuponga de antemano malos a los hombres y siempre listos a mostrar su maldad cada vez que se les presenta una ocasión. Si esta inclinación permanece oculta por un tiempo, hay que atribuirlo a alguna razón que uno no conoce, y creer que no ha tenido ocasión de manifestarse; pero el tiempo que, como se dice, es el padre de toda verdad, la pone luego en evidencia...” (*Discursos*: Libro I, cap. 3). La natural inclinación al mal tiene un carácter permanente y en el plano político no puede ser eliminada, sólo parcialmente contrarrestada.

Como podemos apreciar el pragmatismo o “realismo” maquiavélico nos da claras luces sobre las cualidades del “buen” político o el gobernante. Éste jamás debe olvidar que los hombres son desleales, traicioneros e hipócritas, por lo tanto debe comportarse igual. El buen gobernante “debe parecer clemente, fiel, humano, religioso e íntegro; mas ha de ser muy dueño de sí para que pueda y sepa ser todo lo contrario, llagado el caso” (*El príncipe*, cap. XVIII). El buen político o gobernante nunca será odiado ni amado, sino temido (*El príncipe*, cap. XVII), y se servirá de las leyes cuando éstas le favorezcan, y de la fuerza cuando las primeras no le sean útiles: “Porque habéis de saber que hay dos maneras de combatir: con las leyes y con la fuerza. La primera es la de los hombres; la segunda, la de los animales. Pero como a veces no basta la primera, hay que recurrir a la segunda. Por consiguiente, el príncipe debe comportarse como hombre y como animal” (*El Príncipe*, cap. XVIII).

Maquiavelo se ubica en las antípodas de los clásicos e inaugura una nueva tradición política. ¿Cuál de ellas predomina en nuestros días?

### III. Las democracias actuales: ¿más cerca de los vicios o de las virtudes?

Huelga decirlo, es imposible responder a cabalidad esta amplia y compleja cuestión. Nos tendremos que contentar con arrojar algunas luces en un ámbito como el político plagado de zonas grises. Para ello recurriremos a un observador privilegiado, me refiero al Magisterio de la Iglesia Católica, que desde León XIII en adelante viene entregando orientaciones acerca del quehacer político<sup>3</sup>.

Prima facie, es decir, si atendemos a las declaraciones de los gobernantes, de los políticos y en general de los “servidores públicos”, se podría responder que la actividad política continua siendo una actividad eminentemente moral, tendiente al bien común. Palabras como justicia, igualdad, solidaridad, servicio público, entrega desinteresada, libertad, ética, derechos humanos, dignidad de la persona humana, estado de derecho, progreso social, etc. están siempre a flor de labios de nuestros sacrificados representantes. Todos estos aspectos configuran nuestras actuales democracias. Pero como reza el viejo adagio, “del dicho al hecho hay mucho trecho”.

La democracia según el Cardenal Joseph Ratzinger, después de la II Guerra Mundial, se ha exaltado "con fervor casi religioso" (Hablan tres Cardenales). "Tras el hundimiento de los sistemas totalitarios, que han dejado su huella en nuestro siglo, se ha impuesto en gran parte de la tierra la convicción de que, aunque la democracia no crea la sociedad ideal, en la práctica es el único sistema de gobierno adecuado" (Verdad, Valores y Poder). Lamentablemente las actuales democracias han sido tierra fértil para la semilla sembrada por Maquiavelo. Siguiendo a Juan Pablo II, podemos decir, que “una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana (...). Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como lo demuestra la historia”, totalitarismo que engendra una “cultura de la muerte” (Centesimus annus 46).

En la “Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política” (24 de noviembre de 2002) la Congregación para la Doctrina de la Fe, constata “un cierto relativismo cultural, que se hace evidente en la teorización y defensa del pluralismo ético, que determina la decadencia y disolución de la razón y los principios de la ley moral natural. Desafortunadamente, como consecuencia de esta tendencia, no es extraño hallar en declaraciones públicas afirmaciones según las cuales

---

<sup>3</sup> Véase por ejemplo de León XIII: *Graves de communi* (1901), *Sapientia christiana* (1890), *Quos apostolici muneris* (1878), *Libertas praestantissimum* (1888), *Diuturnum illud* (1881) e *Inmortale Dei* (1885).

tal pluralismo ético es la condición de posibilidad de la democracia. Ocurre así que, por una parte, los ciudadanos reivindican la más completa autonomía para sus propias preferencias morales, mientras que, por otra parte, los legisladores creen que respetan esa libertad formulando leyes que prescinden de los principios de la ética natural, limitándose a la condescendencia con ciertas orientaciones culturales o morales transitorias, como si todas las posibles concepciones de la vida tuvieran igual valor” (II).

El cardenal Ratzinger no tiene dudas al afirmar que "el concepto moderno de democracia parece estar indisolublemente unido con el relativismo, que se presenta como la verdadera garantía de libertad" (Verdad, Valores y Poder). Así las cosas la verdad es suplantada por el consenso, la norma moral por el cálculo racional, y el bien por la utilidad. La libertad se reduce a ausencia de coacción, y la ley, que cada vez permite más y prohíbe menos, a mandatos de fuerza. Esta forma de hacer política permite y celebra a nombre de la libertad y el progreso que cada año se eliminen alrededor de 50 millones de personas en su estado inicial, y miles en su estado terminal. Poco a poco la actividad política se ha convertido en un arte casi taumatúrgico, convirtiendo lo antinatural en natural. De este modo, la sexualidad es un hecho cultural, o sea podemos escoger nuestro sexo. Tan natural como el matrimonio homosexual.

Estamos en presencia de una democracia vacía, sin contenido, sin valores, sin principios, reducida a sus puros mecanismos y procedimientos, que "no se define atendiendo al contenido, sino de manera puramente formal: como entramado de reglas que hace posible la formación de mayorías y la transmisión y alternancia en el poder" (Verdad, Valores y Poder). En esta lógica el Estado es una institución neutral o amoral, cuyo criterio de legitimidad no es conducir a los ciudadanos a la vida buena, sino la eficacia. Fiel a este predicamento se defiende la legalización de la marihuana, la venta de órganos, o el aborto para disminuir la delincuencia y la eutanasia para aliviar económicamente al Estado. Las democracias, entonces, para ser eficientes necesitan de políticos y/o gobernantes escépticos, incrédulos, desconfiados, sin convicciones, calculadores, sin escrúpulos morales y ojalá liberados del yugo de las cuestiones de conciencia. El demócrata actual no es aquel que se apoya en la verdad, sino en los procedimientos: no hay más verdad que la mayoría.

### Reflexiones finales: El desafío de rescatar las virtudes

San Agustín decía “¡¿Tiempos malos?! ¡Tiempos difíciles!, dicen los hombres. Vivamos bien y los tiempos serán buenos. Los tiempos somos nosotros: tal cual somos nosotros, tales son los tiempos”. Al tenor de esta frase cabe preguntarse qué tan responsables somos los cristianos y más precisamente los políticos o gobernantes cristianos en este olvido o menosprecio de la virtud. ¿Cuánto hemos cooperado a vaciar la política de contenido y de su fin propio?

El desafío de restablecer el carácter moral de la actividad política, requiere del concurso de toda la sociedad. Sin embargo, dentro de este universo me parece que le cabe un rol muy importante al laico cristiano. La mencionada Nota Doctrinal afirma al respecto: “cuando la acción política tiene que ver con principios morales que no admiten derogaciones, excepciones o compromiso alguno, es cuando el empeño de los católicos se hace más evidente y cargado de responsabilidad. Ante estas *exigencias éticas fundamentales e irrenunciables*, en efecto, los creyentes deben saber que está en juego la esencia del orden moral, que concierne al bien integral de la persona” (Nº 4). Asimismo no deja lugar a dudas sobre las decisiones políticas: “En tal contexto, hay que añadir que la conciencia cristiana bien formada no permite a nadie favorecer con el propio voto la realización de un programa político o la aprobación de una ley particular que contengan propuestas alternativas o contrarias a los contenidos fundamentales de la fe y la moral. Ya que las verdades de fe constituyen una unidad inseparable, no es lógico el aislamiento de uno solo de sus contenidos en detrimento de la totalidad de la doctrina católica. El compromiso político a favor de un aspecto aislado de la doctrina social de la Iglesia no basta para satisfacer la responsabilidad de la búsqueda del bien común en su totalidad. Ni tampoco el católico puede delegar en otros el compromiso cristiano que proviene del evangelio de Jesucristo, para que la verdad sobre el hombre y el mundo pueda ser anunciada y realizada”

No menos importante es el rol del político católico. Lamentablemente muchos de ellos han cooperado a la transformación “indolora” de los preceptos de la ley natural en meros acuerdos de mayoría, reduciendo así la ley a un mero mandato de fuerza. No es extraño ver políticos cristianos que apoyan leyes de divorcio, de aborto, de eutanasia, legalización de la marihuana, o del matrimonio homosexual, etc. Se requiere, entonces, de políticos valientes y coherentes, que no sólo no se avergüencen de su fe, sino que sean capaces de dar testimonio de ella.

Por último, no dejaría fuera al filósofo cristiano. Si bien él no es un hombre público, como lo puede ser un político, un ministro, gobernante, o un destacado deportista, si debe

preocuparse de lo público. El debería ser una especie de faro, que muestre el peligro de navegar en las turbulentas aguas del relativismo y utilitarismo. Debería volver a ser el viejo tábano que agujonea la grupa del caballo. Lo demás vendrá por añadidura.

Eugenio Yáñez Rojas